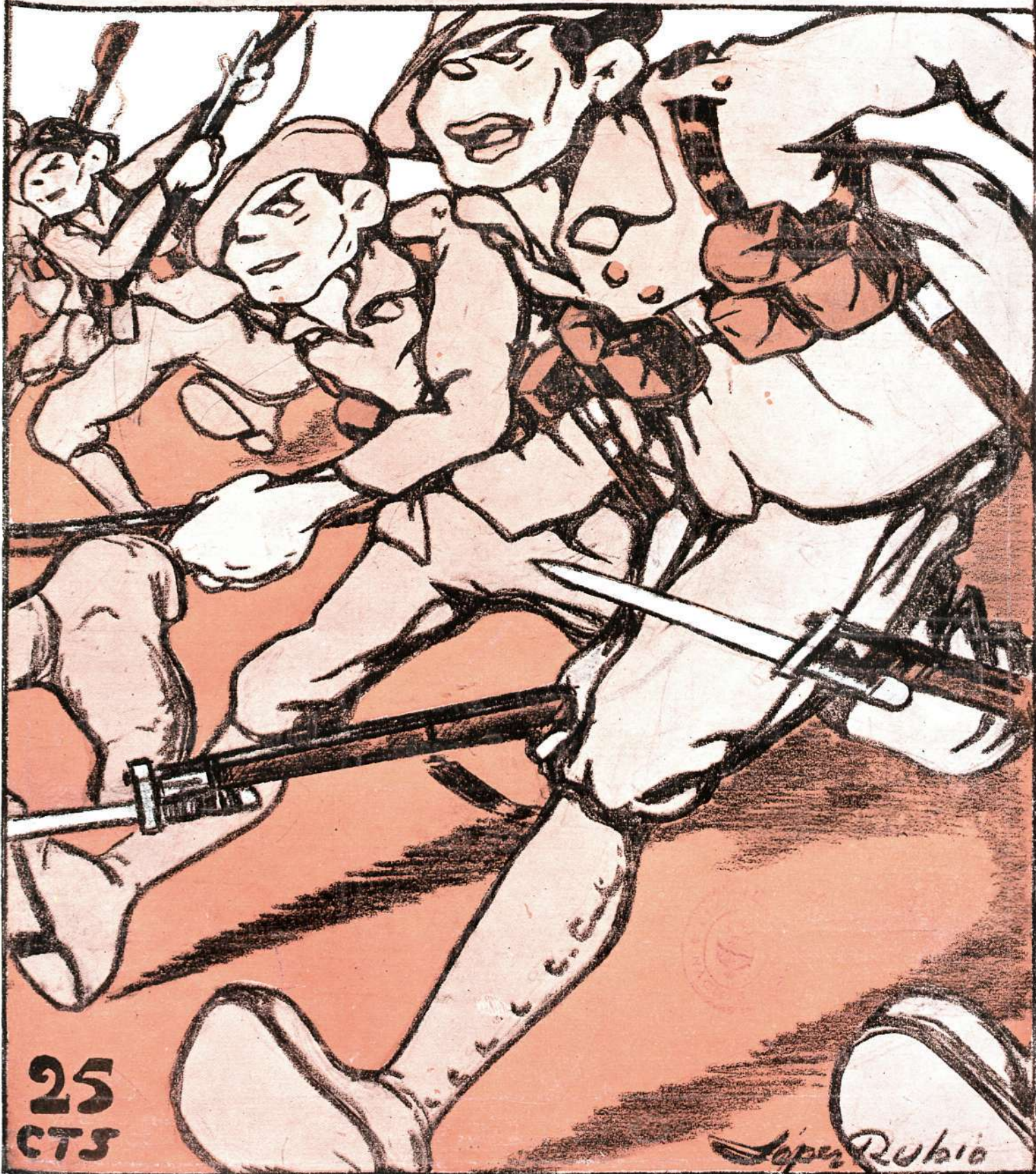


LA HORA



25
CTS

López Rubio

FÁBRICA DE CORSÉS

JOSÉ ORERA

ZARAGOZA

Ramón y Cajal, 75-C.

Teléfono 14-78

NAVARRO

ZAPATERO

La casa más elegante.
Calzado fino, para campo
y deportes.

PORCHES DEL PASEO
ZARAGOZA

Grandes almacenes de calzado

"EL SIGLO XX"

Cerdán, 39, y D. Jaime I, 51

Visite usted estos importantes
establecimientos y se convencerá
de que es la casa que más barato
vende, por ser venta directa
de fabricante a consumidor.

ZARAGOZA

Mariano Gracia

CARNICERÍA

PASEO DE TORRERO, 13
ZARAGOZA

*Corsetería
de la Real Casa*

*Primera casa en el
corsé a la medida.*

*Bordados,
cintas y medias finas.*

Precios de fábrica.

or

*Manuel Gracia
Coso, 9. - Zaragoza.*

ANÚNCIESE USTED

EN

LA HORA

El semanario que más vende.
Examine usted nuestras
combinaciones de
anuncios, si
quiere vender.

VALERO, ROS Y HERMANO

Fábrica de
confecciones para caballero,
señora y niño.

Independencia, 31
Sucursal: Plaza de S. Felipe, 1
ZARAGOZA

JUAN MAZÓN
ALMACÉN DE TEJIDOS

Ventas por mayor y menor.
La casa que más vende, por
ser la más barata.

CERDÁN, 38 Y 40
ZARAGOZA

OFICINA TÉCNICA
Heriberto Almela Navarro

Proyectos. — Presupuestos.
Medición de terrenos y toda
clase de trabajos relacionados
con el ramo de construcción.

Puerta del Sol, 13, pral. drcha.

Teléfono M. 16-11.

MADRID

HOTEL ORIENTE

Confort. — Higiene.
— ZARAGOZA —

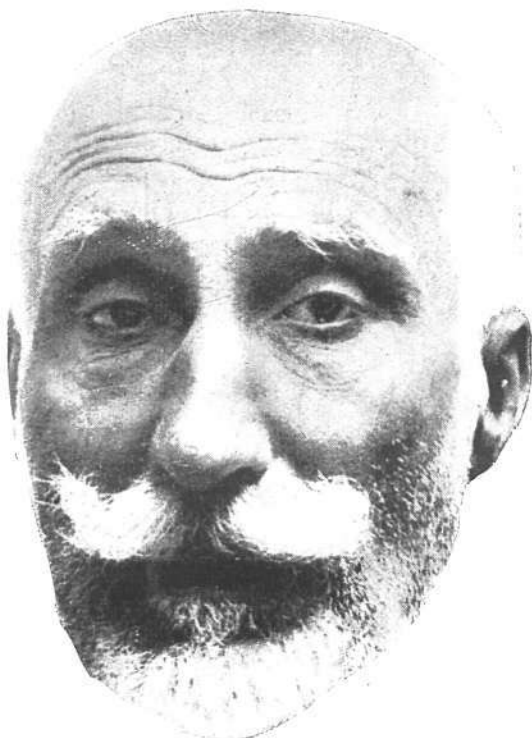
LA HORA

Dirección y Administración: Gran Vía, 18, y Caballero de Gracia, 17.
SE PUBLICA LOS DOMINGOS MADRID

LA HORA POLITICA

¡CABEZA, DOBLE VARIACIÓN DERECHA!

Los azares de la política, que apenas si ya van siendo azares en fuerza de girar siempre sobre los mismos puntos y alrededor de



las mismas personas, han reunido otra vez en el Gobierno de la Nación a los dos hombres del nueve...

Como entonces, los señores Maura y Cierva son en este instante las dos cabezas visibles del Gabinete: los dos responsables de la política a que el decorativo resto del Gobierno — heterogéneo y multiforme — ha de acompañar su paso. Este desesperante paso de los Gobiernos españoles, lento, por obra de la ineptia, para cuanto implica renovación o robustecimiento, y ligero y aun acelerado, por obra de la fatalidad, para cuanto es debilitación y dispendio de las energías nacionales.

Como entonces, van juntas las dos cabezas visibles de lo que se llamó el ultramontanismo; pero en ellas se destaca a la simple vista la huella implacable del tiempo. Del nueve al veintiuno lo que fué Maura y Cierva se ha

convertido en Cierva y Maura. Al embate de los años, el brazo ha pasado a ser cabeza; la cabeza se ha tornado en brazo tembloroso... Cierva manda, y Maura obedece.

Los iniciados en los secretos que mueven, que remueven, mejor dicho, el mundo político, acaso vean en este cambio el influjo de una fuerza oculta. La que ha privado de su «categoría y raigambre» a las carteras de Gobernación, Hacienda y Fomento para dar excepcional relieve a la de Guerra.

La fuerza que nació el año diez y siete para lograr, entre otros altos fines, que el Ejército dispusiese de material..., y precisamente a la falta de ese material se achaca gran parte del desastre. La fuerza que dejó sin carrera a los alumnos de la Escuela Superior de Guerra; aquellos abnegados oficiales que con una mano recibían la nota de su expulsión y con otra estrechaban la del entonces ministro de la Guerra, que les felicitaba por su acto...

Pero nosotros vivimos en la popular ignorancia.

Nos conformamos con examinar las dos fotografías que ilustran este texto, y pensando en las vicisitudes del presidente para abrirlas Cortes cuando le han dejado, decimos: «Aquí está la doble cabeza del Gobierno. De frente para las Cortes. ¡Cabeza, doble variación derecha!»



RELOJES

(TRABAJO «MUY PROPIO» PARA LA HORA)

*Cierva, armado de un trabuco,
se asoma y dice «cu-cú»...
Este es el «reloj de cuco»...
(Gu-ru-gú.)*



*El diputado Nougés
se duerme en dulce sopor...
(¡Este reloj no es un Des-
pertador!)*

*Cierva, armado de un trabuco,
(¿Lo he dicho en otra acasión?...)
repite su eterno truco...
(Reloj de repetición.)*



*El jefe de Policía
ve un reloj de prisa andar...
El reloj de... la de Andria...
(y el collar.)*



*Luna, el músico español,
solfea y exclama así:
«Reloj de luna y de sol...»
(Sol-fa-mí.)*



*Don Niceto habla en sonoro
tono de orador fané...
(Reloj que parece de oro,
y es doublé.)*

*Y, en fin, en el principal,
Coello de Portugal*



*Blasco Ibáñez, con su vena,
haciéndose rico está...
«Reloj de sol y de arena...»
(Cuartos da.)*

*Esposado va a la trena
un terrible criminal...
(Reloj... pulsera... y cadena...
temporal.)*

*rige la patria española...
(Este es el reloj de bola...
cerebral.)*

LUIS DE TAPIA.

UNA PISTA

EL PLAZO PARA LA DIMISIÓN DE MILLÁN

NUESTRO buen amigo D. Millán y Millán de Priego (¿de Priego, provincia de Jaén?) nos va a perdonar que, rindiendo tributo a nuestra independencia y sinceridad, recojamos este eco de la calle, poco grato a sus oídos.

Note nuestro amigo que es en la calle donde más se sintió el efecto de sus regocijantes medidas — medidas cortísimas, si se atiende a su duración — y que por esa causa tiene en la calle una popular y acreditada malquerencia.

Y dicho esto, aquí del eco en cuestión:

Se dice que, entre otros *protestantes* contra el modo cómo Millán interpreta la seguridad, los dueños de colmados y *restaurantillos* de última hora, doliéndose de la arbitraria disposición por virtud de la que se les cierran sus establecimientos a la hora más crítica para su negocio — hora crítica que explotan cafés cercanos a la Puerta del Sol —, se dice, señores, que estos *protestantes* han pedido nada menos que la dimisión del director general de Seguridad en funciones de Habilitado del Ministerio de la Gobernación.

Y se agrega que el Sr. Millán ha prometido complacerles, señalándose un pequeño plazo.

— Estimo — ha dicho — que sería desertar de mis deberes para con la Patria dejar el puesto cuando aun no he podido extender mis iniciativas más allá del radio del callejón de la plaza de Toros

y de cuatro colmadillos de estilo andaluz. (Bien dijo el refrán, que «no hay peor cuña que la de la misma madera», aunque en materia de andalucismo el buen D. Millán no es «más que de Jaén».) Será preciso que antes dé cima a una gran obra policíaca, que espere ya con más curiosidad que indignación — el tiempo todo lo

borra — toda España: la detención de Casanella. Realizada ésta, me iré... Y conste que para realizarla tengo una pista... Una gran reorganización de la policía ha dado fruto: sé dónde está Casanella...

Y cuenta el rumor popular que los dueños de los colmadillos contestaron con la chunga saladísima de la tierra de María Santísima:

— Y también nosotros lo sabemos: está con Nicoláu y con el asesino de la Vicenta Verdier... Y a los tres coge usted en seguida. Dese usted por dimitido: «¡pero que ya!»...

* * *

Por nuestra parte concedemos verosimilitud al rumor, porque es de estos menudos incidentillos de los que cabe esperar una dimisión. Por las *planchas* gordas, como el entierro del Sr. Dato o por la detención equivocada del escritor Alberto Ghirardo, por esas *planchas* no es costumbre dimitir.



¡MI ABUELA!



LEO en *La Libertad*, ese simpático periódico de la mañana, una noticia que me aplasta. El dueño de la casa más pintoresca de la plaza del Cordón piensa derribar ésta para convertirla en un suntuoso edificio, estilo paseo de Gracia, de Barcelona.

La tal casa es, sin disputa, la más evocadora del Madrid clásico: a mí lo clásico me enloquece de admiración; pero en el caso de ahora no se trata de eso. El derribo del viejo inmueble de la típica plaza madrileña representa para mí una catástrofe, porque en esa casa, y en su piso bajo de la derecha, vivió mi abuela los últimos años de su muy dilatada vida.

Sí, lector: supongo que la cosa no te interesará lo más mínimo; pero como ahora está de moda escribir de cosas que no interesan a nadie, sigo adelante.

Mi abuela, sin ser millonaria, tenía algunas pesetas; desde luego bastantes más de las necesarias para mantener su casa, su persona y la persona de la vieja criada que la servía. El año antes de su muerte — porque mi abuela murió, lector querido —, cursaba yo en la Universidad madrileña el primero de Derecho, y acaecía a veces, sobre todo en los veinticinco últimos días de cada mes, que yo necesitaba algún dinero.

Para procurármelo acudía, lo primero de todo, a mi cuenta corriente del Monte de Piedad, y cuando ello no bastaba, me convertía en empresario del teatro Barbieri por una sola noche, y organizaba unas funciones de aficionados que, por la actitud del público, recordaban mucho al motín de Aranjuez.

Pero, si ni aun así reunía lo suficiente para salir de apuros, me encaminaba a la plaza del Cordón y le daba un sablazo a mi abuela. Rara vez salía de aquella casa venerable con el bolsillo vacío; la buena anciana tenía la costumbre de llamarme siempre monín — mi abuela era un poco exagerada —, y después de decírmelo una docena de veces, me ponía en la mano, ora el billetito de cinco duros, ora las tres piezas de cinco pesetas, o cosa por el estilo. Esto de que una mujer me llame monín y encima me dé dinero no me ha vuelto a ocurrir más en la vida. El caso contrario, algunas veces.

Murió mi abuela: esto ya creo haberlo dicho. Ya no podía yo ir a verla ni a sablearla; y, sin embargo, por uno de esos fenómenos de mecánica psíquica deam-

bulatoria que tan bien ha estudiado Hübner, siempre que me veo en un apuro de dinero, sin proponérmelo, sin darme siquiera cuenta de ello, me encamino muy despacio hacia la plaza del Cordón, eligiendo para ello las horas agrisadas del atardecer, o las divinamente calladas de la noche. Una vez allí, empiezo a dar paseos por delante de la casa y a lanzar unas miradas melancólicas a las grandes rejas del piso bajo de la derecha.

A veces me dan intenciones de penetrar en la venerable mansión, llamar a la puerta de la que fué morada de mi abuela, y pedirle el dinero al actual vecino; pero como no tengo el gusto de conocerle, puede que no me lo diera, y lo que es seguro es que, si me lo daba, no sería después de llamarme monín.

Sobre el solar en que se alza el simpático edificio amenazado estuvo en tiempos la casa de Antonio Pérez, el activo e inteligente secretario de Felipe II. Esto me lo acaba de decir Diego San José. Bueno, pues yo aseguro que aun se ve su sombra vagando por las noches en los alrededores del inmueble, y que después de pasear un rato por la calle

del Sacramento, se encamina hacia la Mayor, sin duda a esperar el paso del infeliz Escobedo.

Y digo yo: ¿no sería un crimen — otro crimen — que sobre la tierra que tantos recuerdos evoca se alzase uno de esos jaulones cursis de once pisos que ahora se estilan? A lo mejor, no faltaría donde mismo tuvo el despacho Antonio Pérez, una tiendecita en cuya muestra azul dijese: «Pérez, fumista.» O un almacén de escobas en el sitio mismo en que se tramó el asesinato de Escobedo. Para evitar tales profanaciones, hay que convencer al propietario de la casa de la plaza del Cordón de que lo mejor que puede hacer con el inmueble es dejarlo como está. Lo piden al unísono el buen gusto, la historia de Madrid, el mantenimiento del sabor clásico de aquel paraje, y la necesidad de que en la Corte haya un derribo menos.

Y, sobre todo, lo pido yo; porque si esa casa desaparece, ¿me quieren ustedes decir qué hago yo los días en que necesite dinero? Ya no podré volver a la plaza del Cordón; y si vuelvo, no me servirá para nada.

A menos que en uno de los pisos de la nueva construcción modernista pongan una casa de préstamos. — JOAQUÍN BELDA.



LA HORA PERIODÍSTICA

¡OH, LA FUERZA DEL CUARTO PODER!...

*Quise ser periodista,
y no me dejaron.*

DOS PALABRAS

LITERATO o periodista. De estas dos palabras y del abismo que las separa, lector, ha nacido el tema, un poco árido en principio, un poco discordante con el lema de LA HORA, que reza, como sabes, «Humorismo y Amenidad»; pero luego, quizás más humorístico que ningún otro tema, porque es en el ambiente de este malaventurado «cuarto poder» de la Prensa donde cristaliza y culmina el humor — el buen humor, ¡Dios nos lo conserve! — de los otros Poderes del Estado.

Literato es aquel de quien se dice que escribe. Periodista es simplemente el que dice que escribe. Para ser literato hácese condición indispensable la de conocer el lenguaje y demostrarlo; la de concebir «cosas» y decirlas en buen romance. Para ser periodista basta — y ¡ay de mí, cuántas veces sobra...! — con decir, bajo palabra de honor, que... se es periodista.

Por eso el literato, con la vida propia de su imaginación, con la propia fuerza de su rico tesoro, forja en oro su nombre de literato, quíeránlo o no lo quieran sus conciudadanos. Por eso el periodista, casi siempre sin plenitud de vida, al amparo efímero de la protección y del favor, labra y atornilla a la puerta de su casa una pobre placa de porcelana tan inconsistente como aquella que del finado presidente de la Asociación de la Prensa se llevó un día, creo que con puerta y todo, un tenue vientecillo, un imperceptible rumor de fronda...

El bagaje del literato es siempre considerable. El del periodista... ¡Madre mía! ¿Queréis creer que es en la contemplación y examen de algunos ex camaradas míos donde acierto a comprender ese milagro de los «panes» y los «peces» de que en un país en que se lee poco se tiren muchos periódicos? Sí; porque me digo: «Puesto que un periodista vive sin ideas y aun sin ortografía, cabe que un periódico viva sin dinero...»

Literato es, en fin, el que puede. Y periodista, el que le dejan...

Y de ahí la frase lapidaria del Sr. Moya, salida de sus labios en el lecho de muerte, y que, por tratarse de un muerto — al que rendí en vida lealtad y buenos servicios —, no comentaría yo si no fuera porque temo mucho que se la apropie algún «vivo».

«Quise ser periodista, y no me dejaron.»

Esto dijo, y cuentan que con verdad, el gerente de una Sociedad de los tres periódicos más importantes de España — claro que en otros tiempos —; el que tuvo en sus manos el eje de la política española y las llaves de todas las despensas — no muy bien provistas, ciertamente — del periodismo español; el que dejó que fuesen periodistas muchos que querían serlo y no podían, y que no lo fuesen muchos que, pudiendo serlo, debieron resignarse a no querer...

¿Qué hecatombe, qué cataclismo sobrevino en el mundo periodístico para ta-

maña consecuencia? ¿Qué cuarteamiento o qué ruina de qué bases sólidas arrancó al hombre de lucha su frase de dolor? Una nadería: el error ligerísimo de creerse periodista dentro de un periodismo construido tan de barato, como puede juzgarse por los pequeños detalles que son base de esta información. Y ya estamos en el terreno de LA HORA: humorismo y acaso amenidad.

CÓMO SE ENTRABA EN UN PERIÓDICO

Para no ofender directamente a diario alguno determinado ni a determinado periodista, voy a tomar de ejemplo un caso de periódico que ya no existe, *El Liberal*, y un caso de periodista que ya no lo es, yo mismo. Vive aún, es cierto, y no sé hasta qué punto, un *Liberal*; pero no el en que yo trabajé. De aquél, del bueno, me decía un compañero, procurando atenuar la herida que abriera en mí la ingratitud del «parvenu» periodístico que dirige — ¡¡¡dirige!!! — el nuevo diario con el nombre del viejo:

— Pequeño, no te duelas; piensa que nuestro *Liberal* no existe ya. Ni la redacción, ni la imprenta... Ni las pobres linotipias, que parece se han apresurado a recomponerlas para que no nos conozcan...

Y en cuanto a mí, tampoco soy ya periodista..., porque no me dejaron. Bueno; pues para sentar plaza de periodista en España, salvo la excepción naturalísima del cronista, vamos, del literato, se ofrecían tres caminos: primero, presentación de título de parentesco con los accionistas; segundo, recomendación de un político o de varios — mejor de varios —; y tercero, en calidad de meritario, para, sin disfrute de sueldo, hacer el trabajo de los parientes de los accionistas y los recomendados políticos.

Por este tercer camino entré yo en *El Liberal* hacia el año 12. El 14, el maestro Vicenti, verdadero sostén de aquel gran diario, condolido de mi esfuerzo, tímidamente, y a espaldas de la gerencia, me asignó setenta y cinco pesetas de sueldo... como ¡colaborador! ¡Divinos quince duros, escamoteados al renglón de los colaboradores gallegos, que con decir que eran gallegos, alguien comprenderá cuánta grandeza había en el rasgo por encima de la pequeña cantidad!...

El año 15, un callo en el dedo índice — lo labró el lapicero en la tribuna del Congreso —, que los callos en el cerebro son patrimonio exclusivo de los gerentes, me dió derecho a entrar en la nómina: fui redactor del periódico con veinte duros al mes... Desde entonces hasta el año 20, mis altos méritos me hicieron merecer otros aumentos de sueldo, y entre esos méritos y el de haber sido leal a la casa en el movimiento de huelga, pude, al cabo, sumar una enorme cifra: sesenta duros al mes, tras siete años de labor.

Esa cifra y el obsequio de dejarme ser redactor del periódico, es decir, de dejarme ser periodista, fueron mi retribución.

Se entra, o se entraba así en un periódico. Ya os contaré, entre otras cosas, cómo se sale... — CÉSAR JALÓN.

A petición de muchos lectores, a los que, por haberse agotado, no pudo llegar nuestro extraordinario, reproducimos este artículo, prólogo obligado de los que, con los títulos **CÓMO SE SALE DE UN PERIÓDICO, CÓMO SE HACE UN DIRECTOR Y CÓMO SALVAN LOS GOBIERNOS A LOS DIARIOS**, aparecerán en números sucesivos.



El abuso de la



— Pero oye, Menclá: ¿eso es una cartelera, o el anuncio del algodón hidrófobo?

LA HORA
LITERARIA

LA LLAVE DE ORO, novela, por Pilar Millán Astray.

ESTE famoso año de 1921, lo ha sido de gloria para los Millán Astray. La figura respetable y recia de D. José, sus *Recuerdos del pasado*, publicados en la prensa diaria y saturados del interés y del atractivo de las lecturas olvidadas, bastaban para escuchar con simpatía ese apellido. Otra escritora del mismo apellido, Margarita, se lanzó a editoriales aventuras, cuyo primer ensayo, la publicación de *Ideales*, interesantísima revista, ha coronado un éxito rotundo. Más tarde, Millán Astray, el jefe de los caballeros de la Legión, ha evocado con sus hazañas las heroicas páginas del Romancero, y he aquí que una mujer del mismo linaje viene a cerrar con *llave de oro* la brillante historia escrita por los suyos.

La llave de oro es una novela psicológica y es una novela de las llamadas de clave. Don Emilio Sotolongo es un señor a quien saludamos en la calle, en los estrenos, en la terraza del Casino de Madrid, inmóvil, repantigado en su butacón, y más tarde, mucho más tarde, en Parisiana, exageradamente bullicioso, como para desquitarse de la inmovilidad forzada,



de la respetabilidad de escaparate de que por la tarde alardea. El carácter de Fernanda, que a ratos evoca el de la *Princesa Bebé* y a ratos el de *Imperla*, las dos mujeres cumbres de Benavente, subyuga y liga el espíritu del lector a las páginas del libro, que si a las veces rebosan amargura, una amargura irónica y elegante, también dicen de ternuras y de sentimientos muy difíciles de expresar cuando el novelista no es una mujer.

Y, a pesar de esto, Pilar Millán Astray entona con su libro un canto a la riqueza, *La llave de oro* de la vida, negando casi con rabia todo otro sentimiento a los pobres humanos. Tal vez sea algo de la verdad; pero no es toda la verdad. La escritora, cortando los vuelos a su fantasía y cerrando el paso a su imaginación, se ha limitado a copiar de muy cerca, encariñándose con los dolores, con la negación, y de ahí que de negación sea su libro.

Considerada así, *La llave de oro* es un acierto indiscutible. Y en cuanto a la forma, creemos que Pilar Millán Astray puede estampar su nombre, sin que en ello existan desnivel ni osadía, junto a los de nuestros más prestigiosos escritores.

R. DE C.



El presidente del Consejo con Mr. Cyrus E. Wods, nuevo embajador de los Estados Unidos.

(Fot. Vidal.)

Lo que no queremos decir

No queremos decir que dentro de tres o cuatro sesiones en las Cortes habrá que publicar una lista de bajas de ministros.

* * *

No queremos decir el sueldo que cobra La Goya, para que no la atropellen ustedes.

* * *

No queremos decir que desde que se han marchado la Vela y Sagi-Barba de la Zarzuela va más gente al teatro.

* * *

No queremos decir quién ha tenido la culpa de que la Sra. Bárcena haya fracasado en El ardíd.

* * *

No queremos decir si la debilidad de Vila es jugar al billar...

* * *

No queremos decir qué periodista, maltratado de palabra por algún juicio crítico de la campaña, ha querido congraciarse con los censores armándose caballero abanderado en un pollino y recogiendo firmas en los pliegues de una bandera...

* * *

No queremos decir que nosotros, en el caso de los censores, le obligáramos además a cantar Las corsarias.

* * *

No queremos decir con quién ha contraído matrimonio en América Rafael Arcos... Con la sobrina de La Goya, La Gioconda... ¡Se nos ha escapado!

* * *

No queremos decir en casa de que celebrada actriz se celebran todas las noches unas cachupinadas muy divertidas.

* * *

No queremos decir qué político de altura pierde el sereno todas las noches por ir a esas cachupinadas.

* * *

No queremos decir qué torero se va a preparar en Méjico sus discursos de propaganda electoral, para traerlos embotellados y presentar su candidatura a diputado a Cortes por Sevilla.

* * *

No queremos decir que la salud de un ministro está tan quebrantada, que han tenido que celebrar consulta los médicos militares...

* * *

No queremos decir cómo opina el ministro de la Gobernación de la detención de Ghiraldo.

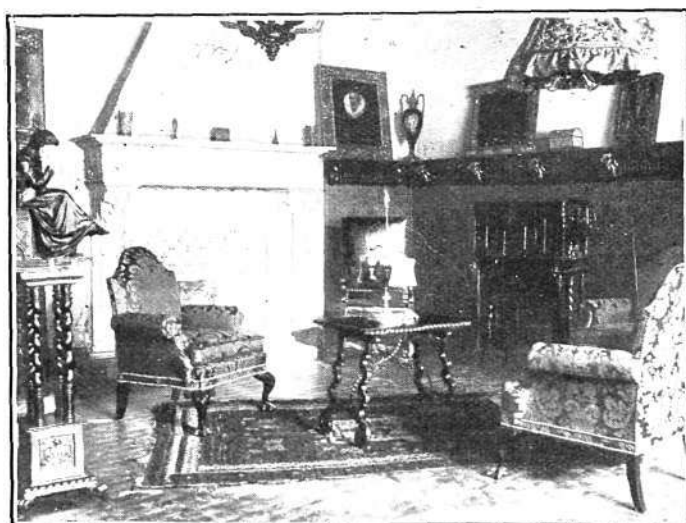
CASA LOSCERTALES :: Almacenes de muebles.

Calle del 5 de Marzo, 4. — ZARAGOZA



La condesa de Belvis de las Navas con su esposo el príncipe Max Egon de Hohenlohe, llegando a Palacio para cumplimentar a Sus Majestades.

(Fot. Vidal.)



Uno de los rincones de la Exposición.

(Fot. Cepero.)

LA HORA TEATRAL

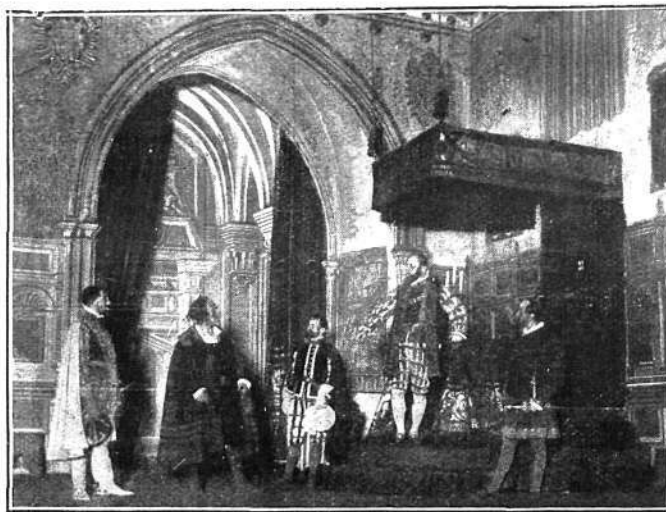
LAS OBRAS NUEVAS... Y NADA NUEVO. — CALMA, DISCRECIÓN, VULGARIDAD. — ENTRE TANTO FRACASO, UN GRAN ÉXITO

Es muy razonable que las empresas teatrales sientan la inquietud de *mover* el cartel. Inquietud quiere decir movimiento; movimiento quiere decir novedad, y nada hay que necesite tanto cambiar de *ropa* como un teatro.

El teatro que no se *viste* por lo menos cinco o seis veces a la temporada, se desmaya de aburrimiento con taquillas y *tacos*.

En estos últimos días — y estos últimos no serán los primeros — se ha *movido* el cartel de todos los teatros, y de este movimiento hemos venido a parar — ¡cuando hemos parado! — en una postración general, con todo: con abatimiento, con desesperanza, con desilusión..., ¡con todo!

Mucha discreción, calma y vulgaridad. El genio no aparece. Los *trajecitos* nuevos con que se han vestido los teatros son de «El Aguila»... Barátitos: pantalones que hacen rodilleras a los tres



Teatro del Centro. — Una escena de *El rebaño*.

(Fots. Vidal.)

días; americanas que se arrugan al cruzarnos de brazos; chalecos desbocados... ¡Una verdadera desdicha!

Esta es la verdad. Nosotros quisiéramos quemar incienso y bengalas de colores en honor de los *sastres*. Pero, aparte la labor y la intención — las costuras y los hilvanes —, lo demás, la hechura y el género son una desdicha.

Y como nosotros hemos venido a decir la verdad, dicha queda para que el público no se llame a engaño.

Nos vamos a quedar sin amigos. ¡Es un dolor! Pero es menester decirlo. Oído, señores:

Luna de la sierra, de Cristóbal de Castro; *Melchor*, *Gaspar y Baltasar*, de Paso y Rosales; *La ciudad eterna*, de Peña y Granados; *Ojo por ojo*, de Paso, Rosales y Luna, y *La heroica villa*, de D. Carlos Arniches, han sido por igual mal recibidas por el público.

Una brillante excepción hemos de consignar, empero, entre tanto desacierto: el reestreno de *El rebaño* en el teatro del Centro.

El Sr. López Martín, poeta de gran ternura y de sinceridad de procedimientos admirable, ha puesto un grano de oro en el teatro contemporáneo con su drama *El rebaño*, primorosa visión histórica versificada con la fluidez más asombrosa de estos tiempos.

Fernando López Martín es el más digno poeta que tienen hoy las musas. No es hombre de teatro: es honrado en los procedimientos; pero sus versos son agua clara, fresca y deliciosa.



Teatro Cervantes. — Una escena de *La ciudad eterna*.

El actor que ha merecido mayores elogios en estos últimos días ha sido Enrique Borrás, intérprete afortunado de *El rebaño*.

Después de esta obra sigue en méritos *Clavel de Granada*, de Candela, Grajales y Pacheco, nada más. La compañía del Coliseo Imperial, en la que figuran actrices tan notables como la señorita Barbero y actores del talento de Fernando Fresno y del prestigio de Perico Cuenca, puso la mitad del éxito. La otra mitad la pusieron entre los autores y el público, que acogió la obra con simpatía.

Y... nada más por hoy.

MANUEL LÓPEZ MARÍN.

P. D. — Durante la inauguración del teatrillo de la calle de Cedaceros — teatro del Rey Alfonso —, en nuestro afán de que, a pesar de la obra del Sr. Arniches, se divierta un poco el público, pensamos si no sería entretenido desplazar de sus butacas y volverlos a colocar a su tiempo, con grúas especiales, a los espectadores a quienes cupieron en desgracia las localidades del centro del salón. ¡¡Porque no tiene pasillo central!!

ALMELA

Boxeo.

Gimnasia sueca.

Lecciones particulares.

Dirigirse

a

GRAN VÍA, 18

Redacción

de

LA HORA



LA HORA PARLAMENTARIA — ¿LO DIRÁN ASÍ?

SE han abierto las Cortes, sin la solemnidad ritual que acompaña a los comienzos de nueva legislación, porque no se trata sino de una simple reanudación de sesiones; pero con una solemnidad mayor, que es la que dan los graves problemas que con carácter de urgentes se ofrecen a la deliberación parlamentaria.

En tales circunstancias, pasando lista a estos «magnatejos» del Parlamento, pensamos:

El Sr. Maura, siquiera por la dolorosa experiencia de una treintena de años en las Cortes, sabe que la patriotería ahoga toda discusión y que nuestro Parlamento cayó en el descrédito porque, tras de tantas enseñanzas de la Historia, se halla aún casi virgen de la nota de patriotismo que en otras naciones dio la deliberación serena, esa deliberación en la que se da la cara al éxito y al fracaso y se examinan por igual el heroísmo y la defección...

Lo sabe el Sr. Maura. ¿Lo dirá así?

* * *

El Sr. La Cierva, que «ha caído» en el Ministerio de la Guerra cuando preconizaba la urgencia inaplazable de unos planes de Fomento, sabe que el país necesita tanto como de su influencia exterior, del robustecimiento interno.

Lo proclamó así al son de su trompa belicosa de Fomento. ¿Va a sostenerlo ahora, sin perjuicio de la otra trompa que la Fatalidad puso en sus manos?

* * *

El Sr. Cambó, en un reciente Consejo, preguntó a su amigo y compañero el Sr. Cierva:

—¿Ha disuelto usted ciertos organismos de empleados que los demás ministros hemos disuelto en nuestros

departamentos? Supongo que sí, porque usted cuenta, además, para ello con la disciplina reglamentaria...

No fué afirmativa la respuesta y el Sr. Cambó tuvo una frase enérgica... ¿La reproducirá, si es preciso, en las Cortes el Sr. Cambó?

* * *

Los señores conde de Romanones y Villanueva, el uno en el periódico que inspira y el otro por sus antecedentes parlamentarios, tienen una especial significación respecto del problema de Marruecos en sus dos aspectos: militar y político.

¿Responderán a su significación en el gran debate?

* * *

El Sr. García Prieto no se destaca en el curso de la política por otra nota saliente que la de ir a consulta o a encargarse del Gobierno cuando se lo ofrecen.

Por ello no le será difícil responder a su significado.

* * *

El Sr. Alba, cuando estaba «a partir un piñón» con la Empresa del viejo *Liberal*, es decir, en la iniciación del anticipo reintegrable, publicó un notable trabajo — «Vísperas parlamentarias» — de revisión de nuestra Hacienda.

¿Le dará en estas Cortes estado parlamentario?

* * *

El Sr. Alvarez tiene reiterado al oído de sus amigos que «en España las clases sociales están incapacitadas para la función pública que ejercen. Y una clase principalmente, porque vive sin práctica y sin crítica.»

¿Lo dirá así en las Cortes y comenzará esa crítica?

* * *

El Sr. Prieto fué en persona a contemplar el panorama de Marruecos.

¿Hablará de él como si



Compañía de Colonización, como si no tuviese amigos en la Sociedad Minas del Rif?

* * *

Y, finalmente, el Sr. Lerroux, el que se llama, no sabemos si en serio, la «reserva que puede ser salvadora», pero en el que en serio han puesto su admiración y esperanza muchos españoles, tiene formado un juicio exacto de la política española: «Fracasarán todos los gobiernos. Y

Alba y Melquiades también, si vienen prisioneros de guerra.» ¿Lo repetirá así en su día?

* * *

Fuera osado suponer que en estas circunstancias no haya de atreverse ningún político a responder a su significado — nos referimos, claro es, a los denominados «primates» —. Y, sin embargo, la Historia y el resultado de la iniciación del debate nos dan derecho a pensar que, desgraciadamente, así ha de ocurrir.

Por lo pronto, el Sr. Maura en su discurso de presentación a las Cortes confirmó nuestros temores; y su discurso, falto de la oratoria que dió fama al político conservador y absolutamente horro de contenido, desilusionó de tal manera a la Cámara, que siquiera por respeto a ella, ya que no a la opinión — porque en España no hay opinión y de ello se aprovechan sus señorías —, debió plantear entonces mismo la crisis del Gabinete.

Y si se trata de nuestro

Viriato II — parece que el primero fué el vizconde de Eza — su intervención se distinguió asimismo por la insinceridad mezclada con su añeja manía — resabio de la política de Mula — de «echar el público armado» a los oradores y entremezclada con bravatas tan extemporáneas, que el Sr. Villanueva, político viejo, político del desastre y, por tanto, contaminado de todos los vicios políticos, incluso de las faltas de respeto a la Constitución y al Parlamento, no pudo menos de exclamar:

—¡Eso es impropio de un ministro y del debate!

No; no esperemos tampoco del ministro de la Guerra nada que se destaque de sus chavacanas charlas con los periodistas, que — ¡manes del admirable conversador Canalejas! — no acusan, ni por excepción, un rasgo de ingenio.

Atacará por el flanco, nunca de frente, a los oradores oponiendo sus manidas refutaciones de: «Su señoría insulta al Ejército» o «Vengan pruebas para castigar a los culpables.» Sin pensar en su inconsciencia, la cara que habría de poner si alguien le contestara, por ejemplo:

—¿Y si los culpables fuesen las Juntas de Defensa?

* * *

Por la Historia y por los comienzos estamos abocados a obtener de nuestros primates políticos el fruto de mutismo y cuquería con que nos regalan de antaño.

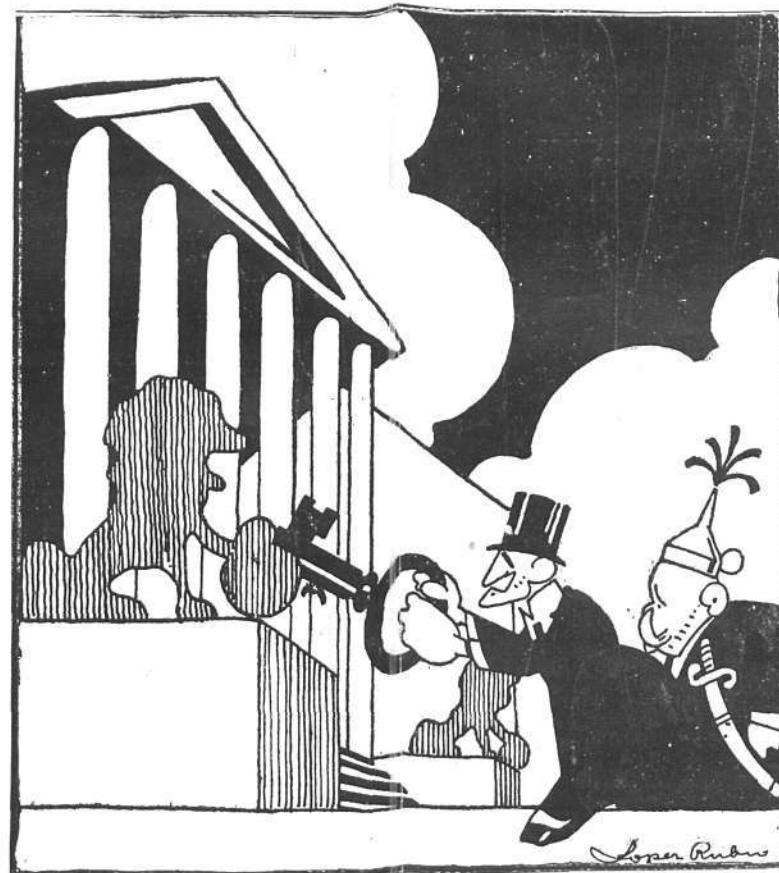
Pues, si así ha de ser, si el Parlamento ha de escribir una página más de cobardía y esterilidad frente a los problemas nacionales, habrá más que motivo suficiente para que este retrato del Sr. Sánchez Guerra sea el del último presidente de la Cámara popular...

Y los que como el Sr. Solano deseen ha-

blar, si no con elocuencia con claridad, que hablen en la más popular de las Cámaras: con el pueblo y en la calle...

El día 1 de enero de 1922 publicará LA HORA un número extraordinario de 36 páginas.

50 céntimos en toda España.



DON JUAN. — Don Antonio, ya puede usted abrir.

M U J E R E S

Lo que cuesta una piel

UNA mujer envuelta en pieles tiene mayor tasación. Las pieles cuestan un sentido, y las mujeres lo saben, y por eso se desvanecen ante un abrigo de armiño.

La pureza del armiño, su blancura inmaculada, es el elogio supremo para una mujer. Pero, ¡ay!, que el armiño escapa a todo cálculo, y para que una mujer se envuelva en la piel de este animalito de lujo, hay que ser acaparador, pariente de Romanones, o vender el alma al diablo, que es *amigo* que saca de apuros siempre que hace falta.

El armiño, el *renard*, la nutria, la marta..., animalitos que nacen, crecen y se desarrollan por un imperativo categórico de la coquetería femenina.

Una piel cuesta un sentido, un desengaño, una amargura, una desilusión. Por una piel se han roto muchos idilios; por una piel han caído deshechos muchos castillos de juramentos y promesas cálidas. Una piel cuesta... la vida — la *piel*, como se suele decir —. Pero a veces la vida es muy poco precio para conseguir tan sólo una sonrisa de mujer o una mirada llena de promesas.

No hay ni una sola mujer que no adore las pieles. Del mal en menos, que la vida, con sus planos y sus categorías, esconde muchas veces las pieles a la codicia de las mujeres guapas.

Facilitamos la compra y venta de automóviles y motocicletas.

Dirigirse a nuestras oficinas de 4 a 6.

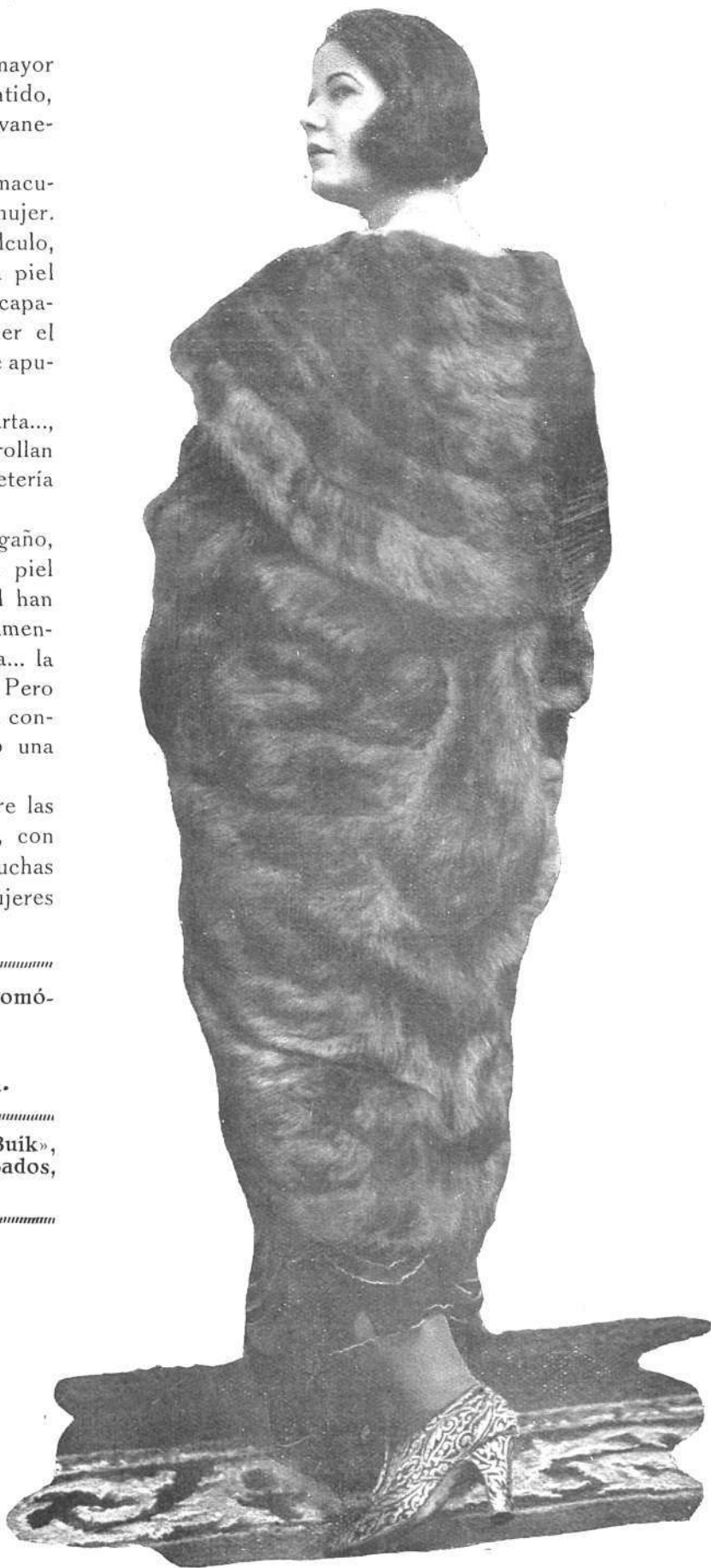
Gran Vía, 18, pral. izqda.

Se venden dos magníficos coches «Buik», últimos modelos, completamente equipados, seis cilindros, en 31.500 pesetas.

VIUDA DE SALINERO
LA CASA BLANCA

:: CONFECCIONES ::
ROPA PARA NIÑOS

CALLE DE ALFONSO
ZARAGOZA



LA HORA CRÍTICA

El señor Emeterio y el señor Celedonio, Pilades y Orestes de la calle de la Redondilla, fueron en el distrito de Palacio lo que se llama dos conspicuos.

El señor Emeterio estaba suscripto a *La Corres*, y el señor Celedonio, a *El País*. Por la noche y por la mañana, respectivamente, leían los dos diarios en alta voz, entre copas y medios chicos, en la taberna del tío Papa-higo, a un vulgo departamental, compuesto de traperos, bomberos, poceros y vendedores ambulantes.

Un compadre del señor Emeterio llegó a ser persona influyente y lo hizo guardia de Orden público.

El señor Emeterio tiró del señor Celedonio y lo atrajo al benemérito Cuerpo.

En los retenes leían a los compañeros, como antes en la taberna, *El País* y *La Corres*. Esto les dió fama de hombres ilustrados.

Y sucedió que un día el cabo Mangante, retorciéndose los bigotes y acariciando con la zurda el puño de su glorioso chafarote, con el que había en cierta ocasión dado muerte de un volapié a un buey de los que se desmandan todos los días en la Puerta de Atocha, les dijo:

— El señor director ha dicho al señor secretario, que le diga al señor inspector general, que le diga al señor comisario, que le diga al inspector de guardia, que le diga al inspector del distrito, que le diga al agente, que me diga a mí, que sus diga a vosotros que sus deis una vuelta por las librerías, vosotros que entendéis de esas cosas, y que recojáis todos los libros que sus parezcan cachon...; no,

no es esa la palabra que me ha dicho; es otra más fina, pero no hago memoria.

— Sicalizticos — repuso con aplomo el señor Emeterio.

— Eso es. ¡Qué acierto he tenido pa ecomendaros a vosotros este servicio! Ea, pues, ya lo sabéis.

El señor Emeterio y el señor Celedonio, moviendo de un modo

rítmico, perezoso y acompasado sus cuatro pies, salieron del retén.

— ¿Por ande empezamos?

— La cuestión no es esa, sino el saber qué libros cazturamos.

— Nos debían de haber dao una lista.

— Tengo una idea. El sotro día, cuando detuvimos por endocumentao a aquel mecenudo que vendía Biblias protestantes y le decomisemos el género, yo me llevé una; prencipié a leerla por la noche, y ¿cómo querás creer que me puse?... ¡sicaliztico!

— ¿Con la Biblia?

— Como que te lo dice todo por lo claro. Al pan, pan, y al vino, vino.

El señor Celedonio y el señor Emeterio llegaron junto a una librería y mutuamente se interrogan con la mirada.

— ¿Entramos?

— Como quieras.

El librero abandona el escritorio, se sube las gafas a la frente y les pregunta cariñoso y afable:

— ¿Qué va a ser, señores?

— ¡¡¡La Biblia!!! — exclaman al unisono el señor Emeterio y el señor Celedonio.

E. BARRIOBERO Y HERRÁN.



— ¿Qué deseaban?
— Ver todos los libros.
— ¿Todos?
— ¡¡Todos!!
— ¡También es gana de calentarse los cascos!...



Minutos



El nuevo presidente del Casino de Autores, Sr. López Monís, dijo en un discurso: «Nosotros venimos a engrandecer el teatro nacional...»

¿Nosotros? ¿Ellos? ¿El Sr. López Monís? ¡Vamos!... ¡También son ganas de fantasías!

* * *

Cuéntase, como seguro, que un poco «alarmado» por la detención de Alberto Ghirardo, respecto de cuyo escaso fundamento corrían rumores poco agradables para nuestro Holmes del cine y de

la vía pública, D. Millán y Millán, el señor ministro de la Gobernación interrogó a su habilitado especial y policía particular:

— ¿Y las pruebas para esta detención, amigo Millán?

— Aquí están — balbuceó azorado el interpelado, revolviendo un farrago de papeles...

Y como no pareciesen — para D. Millán nunca parece nada —, agregó entre tímido y audaz:

— Mire, su excelencia, no están, pero tengo aquí la llave...

A lo que dijo su excelencia:

— Señor Millán, la llave es usted... Es usted ¡la llave!...



Triunfo de «Gitanillo» en Sevilla

CON las corridas de Zaragoza y una *gatadita* muerta a estoque por Granero en Valencia ha entrado la temporada en el período agónico.

Nos cuentan los aficionados — de los críticos hacemos caso omiso — que lo saliente de la feria estuvo a cargo de Marcial Lallanda. Parece que el chaval gustó de firme a los *maños* y se trajo a la Corte un buen racimo de orejas. Belmonte hizo acto de presencia en algún toro. Y de Granero, la noticia más fidedigna de su actuación está contenida en un telegrama que llegó a Madrid, en el que se decía: «Hoy ya no le ha gustado ni a Luis Castillo»; y cuenta que a nadie le atacó tanto como a Castillo esa enfermedad

de granerismo que se ha propagado entre la afición a fuerza de reclamos, películas, billetes de toros, páginas de anuncio en los grandes diarios..., y todo ello con la mano derecha, porque la izquierda sigue inédita en el valenciano.

Contrasta con la mala nueva el éxito clamoroso de *Gitanillo* en Sevilla. Paralelamente a la feria del Pilar, un

aragonés triunfaba en la plaza de Sevilla en una novillada de Murube lidiada allí el domingo último.

Es muy digno de atención el detalle de este valeroso diestro, que yo no sé qué suerte de proezas habrá tenido que realizar para que en Sevilla, ¡jen Sevilla!, pidiera el público la oreja de su primer toro, le otorgase la del segundo y lo sacase en triunfo del coso. Mejor dicho, si lo sé. O, por lo menos, me lo figuro: arrimarse de verdad, y luego irse tras de la espada... Cosas ambas que ya van desapareciendo. Y la desaparición es más censurable cuando ya no sale el toro, sino el borrico sin nervio y sin poder...

Vicente Segura ha vuelto, con éxito, al toreo. Cuentan que vuelve Fuentes. Y a mí no me choca que el propio octogenario Paco Frascuelo se lance también. Los nuevos son tan malos que no han de ser peores los viejos.

Del mal el menos, que de tarde en tarde se caza una nota como esta vibrante de *Gitanillo*, que en dos días se ha plantado en el camino de los buenos...

Oye, buen mozo aragonés: ¡Sus y a ellos, que lo primero es el valor, y ninguno de ellos lo tiene!...

CLARITO.

P. D. — La novillada indecorosa del domingo pasado en Madrid no merece especial mención. Conste, sin embargo, que el ganado fué impropio de nuestra plaza.



Gitanillo en su segundo murube.



CARRERAS...

NO se trata de las de caballos, cuya temporada de otoño comenzó el pasado domingo y siguió el jueves con la animación de costumbre de esta época del año, ¡tan distinta de la hermosa temporada de primavera!...

Nos referimos a las de automóvil y motocicleta.

A la internacional de *voiturettes* para disputarse el Gran Premio Peña Rhin 1921, celebrada el domingo en el circuito «Villafranca - Monjos - Almunia» (para recorrerlo 30 veces y sumar un total de 443 kilómetros y 700 metros), acudió numeroso público. Concurrieron quince coches, y la victoria se decidió de esta guisa:

1.º De Vizcaya, sobre Bugatti, que hizo el recorrido en cinco horas once minutos y diez y nueve segundos, sacando una velocidad media de 85.510 metros. Premio alcanzado: copa del Rey, la ofrecida por *Heraldo Deportivo* y 25.000 pesetas.

2.º Moisés Maury, también sobre Bugatti, en cinco horas treinta minutos y treinta y seis segundos. Velocidad media: 79.300 metros. Premio: copa del Real Círculo Artístico y 10.000 pesetas.

3.º Revaux, sobre La Perle, ganó la copa del Real Automóvil Club de Cataluña y 5.000 pesetas.

La vuelta más rápida la dió el Marqués de Casa Maury, con una velocidad media de 95,78 kilómetros.

Para hoy está anunciada la gran carrera de regularidad del Real Moto-Club de Cataluña.

Ha despertado gran expectación, y entre los inscriptos se encuentran las marcas más acreditadas.

Oportunamente informaremos del resultado.

JOSÉ PAREDES.



Las ametralladoras del Tercio extranjero disparando desde Atlaten.

HA seguido el avance. Ya es nuestro Zeluán, el arrasado, de cuya alcazaba moruna apenas si quedan en pie los paredones siniestros cobijando carroñas gloriosas de héroes y de mártires.

Crispan las descripciones que del macabro aspecto del que fué

Si ella se verificase a renglón seguido podríamos afirmar que sí, que la operación sería — o será, si se hace — más dura aún que aquel famoso «reconocimiento ofensivo» de la otra campaña. La época del año — la de las lluvias otoñales — es peor; peor aún el



Ocupación de Atlaten por la columna Sanjurjo.



Ametralladoras de la segunda bandera del Tercio disparando sobre la jarca el día de la ocupación del Gurugú.

poblado nos hacen los cronistas de la guerra. Ya están los bravos terciarios al borde mismo de la línea trágica que marcan los macizos montañosos del zoco del Jemis de Beni-bu-Ifrur, que los rifeños consideran inexpugnable... ¿Lo será?

Allí cayó Díez Vicario el nueve. Y con él, capitanes gloriosos como Bermejo, como Salgado. Allí se batieron durante quince horas de angustia los cazadores de Madrid contra toda la jarca para facilitar la toma del Gurugú por la parte del Hipódromo. La operación fué igual a esta que nos ha vuelto al dominio de los montes guruguanos. ¿Será tan dura la ocupación de Beni-bu-Ifrur como lo fué entonces?



Interior de una de las chozas de los Chorfas, parientes del Mizzián, en la cima de Atlaten.
(Fots. Vidal.)

espíritu del enemigo, porque se sabe amenazado de un castigo sin piedad, porque está más persuadido aún, si cabe, de que lucha a vida o muerte, y mucho peor en cuanto a disponibilidades de guerra,

que ha aumentado con su botín de víveres y municiones.

Queda en la incógnita si se ha de pasar o no el Kert. Era ya algo que tomó estado de opinión, que en nuestro plan a seguir entraba aplazar el paso del río. Pero, después de iniciado el debate, el enigma reaparece. El Gobierno está de acuerdo con el alto comisario. El alto comisario está de acuerdo con el Gobierno. Y como ambas partes están de acuerdo para no decir francamente su verdadero plan...

LOS HOMBRES MALOS

USTÉ ES UN LADRÓN!!!

(Continuamos todo seguido.)

EL ROBO DEL COLLAR

CATORCE, encarnado!

Cayó la raqueta rápida y voraz sobre el tapete, rebañando fichas, billetes y monedas hacia el *croupier*, que las apiló cuidadosamente en diferentes montoncillos. Tres billetes de los anchos fueron plegados y sumergidos por las brillantes tragaderas de la *cagnotte*.

El conde de Umbria siguió con la vista el escamoteo de los *pápiros*, haciéndosele cada vez más honda la arruga que le partía la ensombrecida frente. Sacó lentamente la pitillera áurea, extrajo un cigarrillo que golpeó despacioso contra la tapa, se lo llevó a los labios, y tras de buscar, sin fruto, con qué encenderle, dió media vuelta y se alejó de la ruleta, mientras la bola tintineante rebotaba de casilla en casilla, como la emoción gopeteaba de pecho en pecho.

El conde salió a la terraza indeciso, angustiado... Se acabó. A ver ahora lo que hacía un hombre. ¿Préstamos? ¿A quién pedirlos? Con D. Nicasio estaba metido en los doce mil duros. En el *comptoir* del Círculo debía... ¿quién sabía cuanto?

La mano aristocrática apretó iracunda el cigarrillo, que cayó al suelo en briznas. ¡Maldita racha! Porque aquello era una racha completa en todo. Perdía en el juego, en las carreras... Y, sobre todo, en lo que jamás había perdido: en sus andanzas de hombre galante, irresistible.

Ahí estaba Pili, la obrerita rubia y burlona, bonita y delicada como una figurita de Sèvres, alegre y sencilla como la risa de un niño...; pero recia y tenaz en la defensa absurda de su pobre honra. ¿Resistirsele a él? ¡¡A él!! A todo un conde de Umbria, a cuyo paso cayeron virtudes que parecían inatacables. Y, sin embargo, así ocurría. Frases, momentos propicios, celadas expertas..., fracasaba todo con aquella obrerita avispada, gentil, y, sobre todo, bonita.

Había que ir al asalto en regla. Dejar caer sobre ella una lluvia de oro que la aturdiese, un chorro de brillantes que la cegara. ¿De dónde, señor; de dónde sacar el dinero para engarzar en su joyel galante aquella alhaja?

...¿Alhaja? ¿Había dicho alhaja? ¿Qué demonio tentador había llevado a su imaginación tal idea? ¿Alhaja? Y al conjuro del mal pensamiento, vió abierto el cofrecillo de las joyas de su mujer, de la condesa, tan buena, tan confiada, tan inocente...

Sí; ¿por qué no? Tal vez bastase con un aderezo... Tendría tiempo de encargar uno falso hasta que rescatase el verdadero; y, en último caso, hablaría a su mujer de un apuro de Bolsa, de una

deuda de honor... No. Tal vez habría escándalo... La condesa era buena y resignada; pero sus hermanos, su abogado... Lo considerarían como un robo... ¿Robo? Y ¿por qué no? Robo, sí, robo; pero ¿a ver quién era capaz de achacárselo a él, de rozarle siquiera con la sombra de una sospecha?

Y Pili, la obrerita gentil y bonita, caería en sus brazos, trémula y deslumbrada.

¡Oh, bien valía el robo la mozueta!...

No había que pensarlo más.

Acaso el recuerdo de los abuelos de las cruzadas no turbó tanto su ánimo como al pensar en la severidad de sus cuñados, en el doloroso gesto resignado de la condesa, hecha a las andanzas del engañador...

Vacilaba Umbria.

Pero el cuerpo grácil de Pili bailaba ante sus ojos lúbricos de galanteador insaciable.

El collar, las alhajas de la condesa. Y ¿qué? De la propia tiara papal las arrancaría él por conseguir su capricho. Que eso fué toda su vida: un capricho constante, satisfecho siempre a costa de las lágrimas y de los dolores ajenos.

Y subiendo a un coche del Círculo, el conde de Umbria dijo secamente al cochero:

— ¡A casa!

Envuelta en sombras y en silencio está la alcoba de la condesa.

Una alfombra espesa apaga el ruido de las pisadas... Una mano enguantada se acerca al cofrecillo que brilla sobre el bargueño severísimo.

Alza su tapa, se hunde en las relucientes entrañas de la arquilla y saca, temblando, un hilillo de piedras cegadoras que iluminan un rostro lívido... Unas arracadas centelleantes siguen al collar... Las manos, nerviosas, incesantes, van de la cajita a los bolsillos. En cada viaje arrancan una fortuna... Falta poco... Muy poco...

¡Ah!!... El ladrón se vuelve aterrado, enloquecido... Alguien acaba de abrir la puerta...

RAMOS DE CASTRO Y LÓPEZ MARÍN.

(Esto no puede quedar así. Esto se hincha.)

En el próximo número publicaremos LA LOCURA EN EL TEATRO, interesantísimo artículo crítico del prestigioso escritor Manuel Bueno.



En la "Lonja del sebo,"

EL autor de estas líneas — que nada tiene de común con el alcalde que padece la Villa y Corte, ¡no faltaba más! — supone que los lectores de LA HORA no saben cuál es la *Lonja del sebo*.

Pues bien: en el argot municipal, la *Lonja del sebo* equivale al patio de cristales de nuestro Ayuntamiento. La vida municipal, más que en los despachos de las comisiones, que en el del alcalde y que en el mismo salón de sesiones, está toda en el patio de cristales.

Allí se comenta y se sabe todo. Allí se comenta lo más lícito y lo más inconfesable. Allí... Bueno; poco a poco irán ustedes sabiendo lo que se hace, lo que se dice y lo que deja de hacerse y se calla en la *Lonja del sebo*. ¡Uf!

* * *

— ¿Es verdad que han *desintegrado* al íntegro y *bilateral* discípulo del gran Pi — ¡cómo te ultrajan, maestro! —, Sr. Saornil?

— Sí; y todo por unas plazas de la llamada base sexta, que él reservaba para parientes de concejales y ex concejales y amigos y correligionarios suyos, con perjuicio de los desgraciados que no tienen padrinos.

— Le dieron lo suyo, ¿eh?

— Sí. Y eso que tuvieron la gentileza de no nombrarle a la familia. A la familia que ya ha colocado en el Municipio.

— Pues que se la nombren.

— Si no lo hacen los concejales, lo dirá LA HORA. Con que hay un elijan.

* * *

— Le digo a usted que no sale. Mientras yo sea concejal, no lo será ese niño. Soy concejal por el distrito del Hospicio, y he de defenderle de sus enemigos.

El niño es el autor aplaudido... por los alabarderos, Sr. Silva, hijo del concejal del mismo apellido. Quien le augura una derrota, en bien del distrito, el edil señor Rodríguez.

* * *

— ¿De modo, que también los socialistas?

— También. El pollo Saborit, más largo que su camarada Caballero, ha utilizado su influencia para que coloquen aceras de cemento en el camino de la Ciudad Jardín, donde su familia posee una casita, junto a la de que es propietario su compañero de minoría Alvarez Herrero.

— Pero los demás ediles no se callarían.

— No; armaron un escándalo. Y de los gordos. Pero se colocarán las aceras. Y ahora andan trabajando estos defensores del pueblo para que Cecilio Rodríguez les lleve unos arbolitos. Y se los llevará.

* * *

— He oído no sé qué de Alvarez Herrero.

— Sí; que es *chauffeur*.

— Por ahí, por ahí van los comentarios. Cosas de automóviles.

— ¡Ah! En el número próximo hablaremos de eso. Y de los tranvías. Porque, aunque ustedes no lo crean, es el delegado. ¡Y cómo ríe la Empresa!

EL ALCALDE DE ZALAMEA.



Vamos a empezar con una afirmación rotunda: el maestro Serrano es el músico de más inspiración y de más elegante melodía que tenemos los españoles para presumir por el extranjero.

Es un monumento de gracia melódica, un portento de inspiración y un prodigio de originalidad.

Jamás músico alguno español llegó tan lejos como ha llegado el músico valenciano.

Y esto, que parece un elogio inoportuno, no lo es, porque en estos días (en estos y en todos) se ha combatido mucho al genio musical del maestro Serrano.

Nosotros le admiramos y le veneramos.

Y para que conste así, lo decimos en Madrid, a muchos de octubre de 1921.

* * *

La última opereta del maestro Millán, El pájaro azul, ha hincado el pico.

* * *

Los conciertos de la Filarmonía empiezan la semana que viene.

El maestro Pérez Casas, evidente prestigio, pero hombre sin nervio, nos dará a conocer sinfonías inéditas. Y si prescinde de las chapinadas musicales, nos vamos a divertir mucho.

Nada de conciertos vocales y virtuosos de melenas. ¡Música! ¡Música!

NIBELUNGO.

Desde el proscenio

LA Sra. Sánchez Ariño, actriz muy estimable por su propia voluntad, ha dejado de pertenecer a la compañía de la Comedia.

El motivo ha sido una vanidad artística muy justificada cuando se tienen méritos como los tiene la referida actriz.

El Sr. Escudero se propone, por lo que se ve, quedarse solo. Llegará un momento en que los camareros de «El gato negro» tendrán que tomar parte en la función de la noche. ¡Y pensar que es muy fácil ser hombre cordial, razonable y cariñoso!

De quarte blanco

Han salido para sus posesiones de la Costa Azul los Sres. de Caballero. No sabemos si llegarán a la Costa. Si llegan, les deseamos una buena marea.

* * *

Ayer se reunieron a tomar el té las señoritas de Zas y las de Pinocho.

Después del té se bailó y se jugó al ajedrez.

De los juegos han salido...

* * *

... Han salido en viaje de novios la señorita Zas y el Sr. Fúrciez, la Srta. Zas (es la hermana) y el Sr. Berúlez, la señorita Zas (otra hermana: son tres) y el señor Tirillas.

Ellas, preciosas y emocionadísimas.

Ellos, jurando que no volverán a jugar más al ajedrez, porque han salido...

* * *

... Han salido en viaje de novios, etc.

CONFECCIONADOR: F. RAMOS DE CASTRO.

DIRECTOR: CÉSAR JALÓN.



Mientras Fatty mira a su mujer entre arrepentido y temeroso, los ojos de ella, ojos inquietos de mujer engañada, parecen preguntarle: «¿Volveremos a las andadas?»

FATTY SE RECONCILIA

NO se trata de una *reclâme* del craso peliculero. Fatty se ha reconciliado, sin pantalla, con su mujercita, de la que le separó un absurdo deseo de poner en práctica en la vida las complicadas aventuras amorosas del *film*. Y por esta vez, la película, aun interpretada por el gracioso *mimo*, ha tenido un fin trágico. Doblemente trágico, porque Fatty, no sólo ha puesto como colofón a sus infidelidades un apasionado beso en la triste cara de su costilla, sino que tam-



(Fots. Vidal.)

bién ha posado sus labios — ¡y de qué manera! — sobre el severo rostro de su mamá política.

«Fatty besa a su suegra»: esto será muy bonito para título de una película; pero es más de lo que se le puede pedir a un hombre, por muy gordo, por muy gracioso y por muy peliculero que sea.

Dicho esto, no nos queda sino desear al nuevo matrimonio una nueva y, a ser posible, larga luna de miel...

X.

Bajo la mirada conmovida de la esposa, Fatty besa a su suegra con un beso desesperado, con un beso en el que se ven los dientes. Y la mirada del jocundo mimo se pierde añorante por las proximidades de la tráquea de su mamá política.

Precios de suscripción

M A D R I D

Pescetas.

Un trimestre	4
Un semestre	7,50
Un año	12

P R O V I N C I A S

Un trimestre	4,50
Un semestre	8,50
Un año	14

E X T R A N J E R O

Un trimestre	5
Un semestre	9
Un año	15



Lea usted todos los domingos

LA HORA

25 céntimos en toda España.

